

FILOSOFÍA DEL AMOR

en el poeta Francisco López de Zárate (1580?-1658)

POR

JESÚS LADA CAMBLOR, M. S. C.

(Continuación)

II. CAUSAS DEL AMOR

Los versos amatorios de López de Zárate son eco de experiencias. La fantasía les dio forma, pero el contenido tiene otras fuentes. La experiencia del poeta logroñés acerca del amor y el amor conocido a través de experiencias ajenas, doble pábulo de su inspiración, encuadran bien, como he dicho en otra parte, en un esquema metafísico del amor, sobre todo en lo concerniente a sus causas y efectos, que son las dos vertientes del amor más abiertas a la experiencia.

El lírico vive poéticamente de sus vivencias. Trasvasa el licor de sus sentimientos a las ánforas de sus poemas. O abre cauces en sus versos al manantial repesado de su vida íntima.

El amor, la vivencia más radicalmente humana, es tesoro, vida e impulso. Como la vida, es multiforme y movedido. Es difícil apresar su esencia, pero es fácil verle en sus causas, propiedades y efectos. El poeta es prodigiosamente sensible a las manifestaciones varias del amor por medio de sus causas y de sus efectos. López de Zárate, cuya musa inspiradora fué tantas veces el amor, no es una excepción (29). Veamos en sus versos cómo y dónde nace el amor.

I. EL BIEN CONOCIDO, CAUSA DEL AMOR.

El objeto del amor es también su causa. El amor dispara a la facultad apetitiva hacia el bien, como el arquero su flecha al blanco. Se ama lo que es o se cree ser bueno. La bondad es a un tiempo

(28) De las 83 composiciones poéticas del tomo I de sus "Obras Varias", 64 están dedicadas al amor. En el tomo II prevalecen los poemas religiosos y morales.

blanco e imán del amor; es objeto hacia el cual se mueve el apetito y es la causa que lo mueve. No hay amor sin cierta connaturalidad y proporción entre los seres unidos por el amor, pues éste consiste cabalmente en esa connaturalidad y proporción. Ahora bien, lo que a alguien le es connatural y proporcionado, lo que está en armonía y de acuerdo con su naturaleza, es bueno. Le conviene y lo ama movido por su bondad. De este modo la bondad en cualquiera de sus formas es causa del amor.

Para que la bondad mueva a amarla debe ser antes conocida. «Nihil volitum, quin praecognitum» e «ignoti nulla cupido», sentenciaron los filósofos.

El poeta —el hombre— está abierto al conocimiento de las cosas por los sentidos y por el entendimiento. Pero ni los sentidos ni el entendimiento agotan su actividad en la pura contemplación. Lo contemplado es servido a las facultades apetitivas. Los sentidos son servidores del apetito inferior y el entendimiento —también los sentidos por obra del entendimiento— lo es de la voluntad.

La misma realidad que es verdadera para el entendimiento es buena para la voluntad. Verdad y bondad radican en el mismo ser, que, proyectado hacia el entendimiento, es verdadero y, si se refiere a la voluntad es bueno.

En resumen: el bien conocido como bien es causa del amor. Mas la bondad, esencialmente una, se encarna de múltiples modos en un número innumerable de seres.

López de Zárate, cuando medita en lo que hizo brotar el amor en su vida, menciona reiteradamente las perfecciones de la mujer sintetizadas en la hermosura espiritual y corporal. Es la causa más frecuente, pero no la única. Menciona también entre las causas del amor (me refiero principalmente al amor entre hombre y mujer) el amor con que fué amado, las dudas, los celos, los desengaños y desdenes, motivos éstos últimos que ponen en vibración un amor que ya existía y que corre el riesgo de enfriarse o desvanecerse definitivamente. Las dudas, celos, desengaños y desdenes no son causas primarias del amor, sino efectos. Como se verá más adelante, son consideradas como causas en el sentido de que contribuyen a acrecentar y purificar un amor ya existente.

Sería objeción pueril oponer que López de Zárate apenas sitúa a la bondad entre las causas del amor. Todas las causas por él presentadas, si no son formalmente bienes, se reducen al bien. Por ejemplo, la hermosura se identifica con el bien. Y como él, aquietta el apetito. Hay, es cierto, un matiz que los distingue. La hermosura

aquieta al apetito por medio de su contemplación. El bien, mediante su posesión. La hermosura contemplada entra en la categoría de bien y, como éste, opera en el amor.

Formaría una antología interminable la transcripción de pasajes en que López de Zárate atribuye a las perfecciones de la mujer el origen del amor. Aunque con frecuencia insiste en el recuerdo de la hermosura corporal, no excluye la espiritual, bondad más plena, más perfecta y duradera y madre de mejores amores. Muy a menudo van fundidas en los mismos versos las dos hermosuras.

Hay un verso que sintetiza toda la causalidad amorosa de la hermosura femenina:

«Tu hermosura es lo más con que enamora» (29).

El concepto aquí abreviado se despliega en otros muchos versos que piden selección. Léanse algunos, relativos los primeros a la hermosura corporal, menos estimada y más mencionada por el Caballero de la Rosa que la espiritual.

«Filis, alma del alma, tu hermosura
me encamina a mí mismo con amarte,

.....
dividirte pudiera y no juntarte;
tú me niegas lo que ella me asegura» (30).

Lo que Filis le niega es ser amado, mientras la hermosura de ella le concede a él amarla. Y de tal modo enciende en él el amor que considera usurpación no ser correspondido, pues el amor con que la distingue le otorga derecho a la reciprocidad. Así dice en otra parte:

«Haz, haz restitución de lo usurpado» (31).

Merece tenerse en cuenta esta apelación al orden jurídico, no por lo que tiene de exacto, sino por su alto valor expresivo de la causalidad del amor propia de la belleza y en general de todo bien. Si la amada tiene obligación de pagar amor con amor, piensa el poeta, es porque el amor a ella es deuda contraída con su hermosura, que la hace amable. Lo hemos visto ya en aquellos versos:

«Fili, ya con tu hermosura
compite mi obstinación.

.....
¿Pequé, Filis, en amarte?

(29) O. V., I, 295.

(30) O. V., I, 185.

(31) O. V., I, 185.

Sentenciolo tu rigor;
pagué lo que te debía;
fué justicia, mi baldón» (32).

No contento con el testimonio genérico de la belleza de Filis, se deleita el poeta en particulares pormenores dentro de márgenes honestos. Permítame el lector la transcripción íntegra del ágil Romance XVI cuyo título es «Retrato de Fili»:

«Fili, tu hermosura
informa del cielo;
más oro que el sol
nos da tu cabello.

Ocultas tu frente
ardores en hielo;
*mirando mis ojos,
síntelo mi pecho.*

Tu mejilla es baño
de la llama; *incendio
de ojos son tus labios,
pues abrasa el verlos.*

La parte del rostro,
que hace tantos feos,
cumple en no pecar
y es en ti modelo.

El hoyo al remate
de hermosos portentos
dice: aquí a bellezas
hizo punto el cielo.

*Cordel de las almas
es tu hermoso cuello,
porque las aprieta
sin tocar los cuerpos.*

Son tus cejas negras
doses del templo,
que a deidades graves
levantó el respeto.

*Los ojos: ¡aquí
hallado me pierdo!
¡Hállome perdido
y siempre contento!*

Dan vista al amor

siendo como espejo
que templa furores,
que es dar vista a ciegos.

Son a quien los mira,
en gustos discreto,
rasgados, si soles,
grandes, si luceros.

Si miran airados,
rayos son horrendos;
vislumbres de gloria,
cuando ya serenos.

Como almas de luz
en mí están despiertos;
dormidos me ven,
dormido los veo.

Oh, Fili, tu boca,
que es lo más perfecto,
callando y hablando
sabrás encarecerlos.

Tu mano encamina,
cual norte sereno,
a puerto de gloria,
que es nieve del puerto.

*Si destas verdades
el entendimiento
pasa a ocultas nieves,
guárdese de incendios.*

No volemós más,
que, como a este fuego
mariposa soy,
las alas me quemo» (33).

Trascendiendo la hermosura corporal, reúne el poeta en una mujer idealizada todas las perfecciones originadoras del amor.

«De infinitas perfecciones

(33) O. V., I, 369-371. No es éste el único retrato poético de la hermosura corporal femenina dibujado por López de Zárate. Hay otros en su obra. El más completo, escrito en octavas reales, tiene por título "Retrato de toda una hermosa". En él se entretiene también en cultos pormenores anatómicos, a pesar de la advertencia final: "Lo que falta, que es mucho, a este retrato — el esplendor lo encubre y el recato". El poema se extiende desde la pág. 397 hasta la 409 del tomo I.

es cumplida perfección,
y así, todas dulces flechas,
mas ninguna de dolor» (34).

Entre la pluralidad de perfecciones de la beldad idealizada tiene la primacía la hermosura irradiada por las virtudes. Dice el poeta en el soneto «A una muy hermosa que lo mereció por sus virtudes» :

«Pues que se duda ya si fuiste hermosa
(en la que más lo fué, mayor herida)
y te cupo beldad que, repartida,
no hubiera ni envidiada ni quejosa,
mira el breve minuto de la rosa,
tránsito compendioso de la vida;
mira, veraste en ella repetida;
seca, es salud y vanidad, pomposa.

Tú, bella inmensidad en cuanto bella,
instante en cuanto humana, brevedades
convierte en siglos aspirando a estrella.

Haz cosecha de todas las edades,
que, si en la brevedad fuiste centella,
será tu lucimiento eternidades» (35).

El talante moralizador, serio y grave del Caballero de la Rosa ha prevalecido sobre el amor fácil encendido por un cuerpo hermoso, caduco en su hermosura como la rosa. Ha advertido que es frágil e inconstante el amor que surge estimulado por algo tan frágil y perecedero como la belleza de un cuerpo. Sólo el bien de la Belleza infinita convenientemente conocido engendra amor perenne. En última instancia sólo el amor que trae su origen de Dios puede ser eterno, porque

«sólo en Dios hermosura eterna cabe,
ni accidente, ni tiempo se le atreve» (36).

La inconstancia de la belleza de la naturaleza brinda ocasión al poeta para subrayar la inconstancia del amor causado por humanos bienes.

«Vosotros, prados secos, semejanza
del bien para mi daño pretendido» (37).

A la caducidad de la hermosa humana se añaden el aguijón de los celos, la amargura de los desengaños y la admonición de los

(34) O. V., I, 327.

(35) O. V., II, 68.

(36) O. V., II, 93.

(37) O. V., I, 13.

desdenes, que en inestable equilibrio ya avivan el amor, ya le dan muerte, reemplazándole el resentido aborrecimiento.

«Celia o Circe, tus artes, tu hermosura
son, aunque tan distantes, tan unidos
*que han de ser cuerdamente aborrecidos
o amados con frenética locura*» (38).

Y en otro lugar:

«Nuevas flechas de amor los desengaños» (39).

No es que los celos, esquivaces, desengaños y desdenes sean por sí mismos causas del amor. No son causas primarias. Los celos, por ejemplo, son efecto suyo; los desengaños también. Y las mismas artes con que se fingen desdenes y negación de amor son también efectos suyos. Pero pueden matizar con formas nuevas al amor que ya existía. Le ponen en tensión. Le despiertan de posibles adormecimientos. O lo apagan definitivamente.

El amante es fiel custodio del bien amado y cuando adivina o sospecha peligros siente la preocupación de perderlo. De aquí la actitud de vigilante cuidado, la preocupación de un alma en vilo, una cierta desconfianza, en fin, los celos que avivan el amor. Las artes con que la amada —en el verso que comento, Celia— juega a disimular falta de correspondencia amorosa encienden el de quien se cree menos amado hasta reconquistar un amor que parece írsele de las manos.

El poeta considera milagrosos estos desdenes y por milagrosos llega a desearlos. Desenvuelve esta idea en dos sonetos dedicados a una visita, deseada y tardía, que Filis le hizo estando él enfermo. Sendos versos resumen los dos sonetos. En el primero éste:

«Acreditó mi riesgo tu milagro» (40).

Y en el segundo este otro más explícito:

«Porque es en ti el desdén aún milagroso» (41).

Si estas artes no son juego, sino efectivo alejamiento, y los desdenes ostentan la imposibilidad del amor mutuo, entonces la razón aconseja la renuncia al amor imposible, que cede su puesto al aborrecimiento. La voluntad desdeñosa de la amada ha levantado una barrera entre ella y el amante, para quien el obstáculo es el peor mal. Tales modos de negar amor «han de ser cuerdamente aborre-

(38) O. V., I, 302.

(39) O. V., I, 309.

(40) O. V., I, 294.

(41) O. V., I, 298.

cidos». Si la razón se inhibe o es avasallada por el deseo, dejando libre campo a la voluntad, son «amados con frenética locura».

El amante se mueve en la cuerda floja de la inseguridad y puede acontecerle que caiga en la zona de un amor frenético —en este caso los celos y desdenes han sido causas de nuevos grados en el amor— o en la zona de un lógico aborrecimiento, porque en semejante coyuntura el amor está muy cerca de su contrario. Esta cercanía depende principalmente de la actitud de la amada y con mayor fuerza de las disposiciones del amante.

Entre los dos posibles resultados de los desdenes —el cuerdo aborrecimiento y el amor loco— cabe un tercero más difícil, equidistante de ambos, con lo mejor de cada uno, consecuencia de experiencias escarmentadoras. Es el amor cauto.

«Como enseñas con arte a conocerte,
ámote, sí, mas no peligro tanto;
al fin el rayo, aunque deslumbra, advierte» (42).

El bien, decía más atrás, no basta por sí solo para engendrar amor. Ha de ser previamente conocido como bien. Es lo que se ha entrevisto en las páginas anteriores de este apartado. La importancia del conocimiento en la causalidad del bien requiere insistir en él.

Confirmada con versos de López de Zárate la causalidad eficiente del bien hago ahora lo mismo con la de su conocimiento.

En el soneto «Un amante a un ciego» exterioriza el poeta la envidia del primero por la ceguera del segundo, pues habiendo comenzado a amar la hermosura que se le entró por los ojos, sufre el infortunio de no ser amado. El soneto es todo él un grito de dolor —«Ay del que está con ojos y sin vida» (43)— que está clamando a voces que el amor comenzó con el conocimiento de una belleza.

En otro soneto titulado «A unos brazos de una dama» destaca también la función operante del conocimiento en el origen del amor. Dice:

«Tus brazos, Amarili hermosa, fueron
depósito de heridas de Cupido.
*De los efectos que en la vista hicieron
fué el corazón en vano defendido.
En lo que ví, de nadie merecido,
por bien muerto los ojos me tuvieron»* (44).

(42) O. V., II, 302.

(43) O. V., I, 186.

(44) O. V., I, 300. Véase también la 2.^a estrofa del Romance XVI (I, 369).

Con frecuencia López de Zárate se refiere directamente al conocimiento sensitivo. Hay una razón. Tiene presente la hermosura corporal, cuyo conocimiento es primero obra de los sentidos. Pero no excluye el conocimiento intelectual, ni siquiera cuando menciona la belleza corporal. Dígalo la penúltima estrofa del Romance XVI copiado íntegramente páginas atrás.

2. LA SEMEJANZA, CAUSA DEL AMOR.

Si el amor consiste, como es sabido, en cierta connaturalidad de la facultad apetitiva con el bien apetecido, en los orígenes del amor ha de haber algún grado de semejanza entre ambos términos. De este modo la semejanza es causa del amor. Su causalidad es distinta de la del bien conocido. Esta se ejerce produciendo; aquella, especificando. La del bien es eficiente; la de la semejanza, formal.

La semejanza puede darse entre dos cualidades actuales o bien entre una cualidad actual y otra potencial. La cualidad actual está en otro, en el objeto amado; la potencial, en el propio sujeto, que no la posee, pero tiene capacidad para adquirirla.

La unión que procede de la semejanza primera es más estrecha y corresponde al amor desinteresado. La otra engendra amor interesado, porque quien carece de una cualidad actual pretende poseer la del otro para beneficiarse con ella.

López de Zárate apenas coloca la semejanza entre las causas del amor. No he dado con más de dos pasajes en sus obras referentes a ella. El primero que cito es sólo una referencia implícita.

«Y si el esposo con la esposa es uno,
no se acobarde a comparar ninguno
al gran José, sino a la Virgen Madre» (45).

Se impone un breve comentario. El poeta afirma que San José es comparable a la Virgen María. Da como razón la unión existente entre ambos, fruto del amor. No es que el amor se haya adelantado a la semejanza que autoriza la comparación. Se amaron y se hicieron los dos uno porque eran semejantes. Es verdad que la unión en el amor acrecienta la semejanza de los que se aman. Si la acrecienta es porque ya existía, aunque fuera menos completa. Dialécticamente el poeta pasa de la unión a la comparación fundada en la semejanza. En la realidad el proceso lleva dirección contraria. Primero es la semejanza, después el amor y con él la unión y a la postre una nueva semejanza acrecentada.

(45) O. V., I, 210.

Este argumento sacado de un amor humano sobrenaturalizado y de una semejanza en perfecciones sobrenaturales y naturales vale para el amor que es sólo amor natural y que ha surgido de la semejanza de cualidades humanas puramente naturales.

El segundo pasaje es más explícito. Se centra también en el amor conyugal. Cuenta la enamorada esposa a su amiga:

«Apartado de mí se halla tan lejos
como yo no le abrace, aunque le vea,
que siempre el alma teme y le desea.

*Así uno de otro somos siempre espejos,
espejo que aun en número me enfada
el ser dos el casado y la casada.
Hácese amar de suerte*

.....
que no esposa, homicida me juzgara
si más que todas aman no le amase.
Oblígame de suerte,
entráñase de suerte que me olvido
a mí, a mí enajenada en sus agrados» (46).

Los que bien se aman —aquí los esposos— son dos espejos. En cada uno se refleja la imagen del otro y son las dos imágenes tan semejantes y es tan unitivo el amor que de tal semejanza procede en sentir de la esposa que le enoja la necesaria dualidad de perfecciones, aún siendo gemelas. La metáfora de los espejos es afortunada y expresa muy bien que la semejanza de los esposos ha originado el amor superlativo de que habla la esposa.

III. EFECTOS DEL AMOR

Al amor se le conoce principalmente por lo que hace. La experiencia del amor es ante todo experiencia de sus efectos. Aquí radica la razón de por qué los poetas que cantan al amor son primordialmente cantores de las realidades nacidas en el corazón a impulsos del amor.

López de Zárate es una espléndida confirmación de esta verdad. Su inspiración, que supo hallar tan amplio repertorio en el amor, se alimentó abundantemente de las repercusiones amorosas en el alma.

Las citas que he entresacado de sus obras son muy numerosas. En el momento de ordenarlas en una estructura lógica que concuerde con lo que la filosofía enseña es necesaria una rigurosa selección

eligiendo tan sólo los textos más claros y explícitos.

1. UNION.

El efecto más propio e inmediato del amor es la unión de los que se aman. Esta afirmación, por excesivamente genérica, requiere ulteriores precisiones. En el concepto de amor van implicadas diversas clases de unión. No todas ellas son obra suya, puesto que hay una unión —la unión de semejanza— que lo engendra.

Para que se produzca la unión ha de haber alguna diversidad entre los elementos que se unen. Si todo fuera igualdad, la identidad sería absoluta y ya no habría dos extremos con capacidad de unión, sino que todo sería desde el principio una misma cosa. Ni basta la simple diversidad. No hay unión de elementos diversos, si no median entre ellos relaciones mutuas. Estas pueden ser múltiples y opuestas entre sí. Entre los amantes ha de existir una común semejanza, fundamental armonía, que los mueve al amor. La unión que lleva en sí misma la semejanza no es primariamente efecto del amor, antes bien lo causa. Le cae bien el nombre de unión estática o causal. El amor que se origina en ella origina a su vez otra unión, de la cual me ocupo ahora.

A impulsos del amor el amante tiende con el afecto a lo amado —persona o cosa—. El resultado del movimiento afectivo es unión —unión afectiva—. Pero al amante no le satisface la unión afectiva sola. Quiere más. Busca la presencia física y unión real con el objeto de su amor. Se lanza hacia él con propósito de posesión, si el amor es interesado, o de convivencia, trato común y entrega —comunidad de vida—, cuando ama desinteresadamente. A esta segunda y más completa unión le conviene el nombre de unión efectiva.

De ambas uniones —afectiva y efectiva— hay elocuentes y abundantes testimonios en López de Zárate. Su transcripción acompañada de breve comentario avalará mi tesis.

Aunque en grado diverso, con ambos modos de unión comparten las personas que se aman su propia vida hasta el punto de llegar a transformarse la una en la otra, haciendo verdadera la sentencia antigua de que el amigo es para el amigo como su propio yo, alma de su alma, vida de su vida o en palabras de San Agustín «*dimidium animae meae*». Tanto da que el amor reine entre esposos o entre amigos. (Menciono estas dos formas porque son las que suele mencionar el poeta logroñés). Si el amor es sincero, la unión existe y es estable y duradera, a pesar de los peligros de la inconstancia huma-

na. La estabilidad en la unión es mayor en el matrimonio contraído por amor.

Refiriéndose al amor que le liga a la amada, dice el poeta:

«Filis, *alma del alma*, tu hermosura
me encamina a mí mismo con amarte;
si juras que te ofendo con buscarte,
encubrirte de mí te hace perjura» (47).

No sólo la expresión «alma del alma», sino toda la estrofa confirman espléndidamente lo que vengo diciendo sobre las enseñanzas de López de Zárate acerca de la unión engendrada por el amor. Porque Filis es alma de su alma está unido a ella; más aún, está ella en él. Así ocurre que amándola se encamine a sí mismo. Tal modo de unión se funda en el afecto, pero es más íntima que la mera unión afectiva. Los filósofos la llaman inhesión. De ella hablaré muy pronto.

La unión, que es comunidad de vida, es por lo mismo comunión en los bienes, en las alegrías, en las penas y en los secretos.

En la «Silva segunda» repite Filis las palabras con que Florindo, su esposo, expresa el deseo de invitar a otro matrimonio amigo a las fiestas logroñesas de San Bernabé:

«También aquí, me dice, nuestra Clori
y su marido, *nuestras dos mitades*,
(*Debido a tan conformes amistades*)
sólo nos faltan, que por ser tu amiga
y por sus agradables calidades
a echarla menos, con razón, obliga.
No pasemos sin ellos estas fiestas,
estas pascuas hagamos las mayores;
dirásle tú mi amor, yo tus loores;
su esposo y yo también murmuraremos
de los que, aunque nos callamos, nos sabemos.
Esas frutas y caza allá reparte,
tenga su casa en todo mucha parte;
de ella es y de su esposo
cuanto debemos al cielo caudaloso» (48).

En estos versos merecen ser destacados los siguientes aspectos:

1. La amistad entre ambos matrimonios los une en un afecto común.

(47) O. V., I, 185.

(48) O. V., I, 253-254.

2. La unión afectiva quiere complementarse con la unión efectiva de la presencia.

3. La amistad trae consigo la comunicación de bienes y de secretos.

No hay amistad amiga de secretos, porque estos levantan barreras contra el amor. Así dice Alí al capitán Alvarado en *La Galeota Reforzada*:

«Para que nuestra amistad
se confirme con secretos,
dímes qué quisieras ver
que a mostrárselo me ofrezco» (49).

Y en la misma comedia, Doralice a Fátima:

«Bien sabes que no revelas
en mí a nadie tu secreto;
yo, Fátima, soy tú misma,
soy corazón de tu pecho» (50).

Si la amistad une y hace que los amigos tengan una misma alma y una misma vida, la muerte de uno hiere al otro y le deja en tanto abandono que su vida es en algún modo muerte. Es lo que enseña al poeta cuando recuerda la muerte de Rosendo, imaginario héroe español, muerto en la batalla de Puente Milvio luchando bajo los estandartes de Constantino.

«Yace Rosendo a vista de Gofrido
porque muriesen dos por una herida,
*cuya amistad fué tanta que bien puedo
alabar en dos cuerpos una vida*» (51).

En pasaje paralelo escribe:

«Fueron un alma, fueron una vida
Clearco y el bellissimo Laertes,
que, su todo o mitad viendo perdido,
dando mil muertes se arrojó a mil muertes» (52).

Con fuerte realismo describe el poeta la doble unión afectiva y efectiva del amor conyugal.

«Es Marte blando, Adonis tan robusto,
que de ser yo tan Venus en sus brazos
no tengo por su riesgo poco susto;

(49) *La Galeota Reforzada*, p. 123.

(50) *Ibid.* p. 115.

(51) Poema Heroico de la Invención de la Cruz por el Emperador Constantino Magno, Madrid 1648, I. III, estrofa 48, fol. 27.

(52) *Ibid.*, I. V, estr. 37, fol. 48.

para luchas de amor y sus porfías
breves las noches, largos son los días,
Siempre a solas los dos hechos cadena,
para gusto mayor fingiendo pena;
un aliento, una voz, unos los labios,
de palomas y tórtolas agravios,
unos los cuerpos y las almas una» (53).

La unión afectiva, aún siendo más incompleta que la efectiva, es más necesaria que ella en el verdadero amor. La unión efectiva, aunque exigida, puede faltar sin que falte el amor. Más todavía; puede haber presencia real sin unión afectiva. En este caso o no hay amor o es muy pobre o, al menos, es sólo amor egoísta y es falsa e inestable la unión, porque no es hija del amor desinteresado, sino de causas ajenas a la amistad. Tal ocurre en matrimonios concertados exclusivamente por razones de interés.

«Lo que tiene de forzoso
tiene también de severo
el matrimonio que ocupa
y no llena, si es violento» (54).

Ni llena ni une, porque el amor está ausente. Por el contrario,
«cuando se abrazan dos almas
es el lazo tan estrecho
que quien se les interpone
sólo sucede en el cuerpo» (55).

La unión del amor verdadero es de suyo perpetua. Lo exige el amor. En súplica al Espíritu Santo pide el poeta en un epitalamio:

«Uno y otro te invocan con unirse,
júntalos para nunca dividirse;
con tu sabrosa llama
en recíproco fuego los inflama
que dure siempre y nunca se consuma» (56).

2. INHESION

La presencia física de los que se aman es una exigencia de la unión afectiva. No se agota con ella el valor operante de la afectividad. No aspira ésta a uniones pasajeras. Pide perennidad. Tampoco

(53) O. V., I, 236.

(54) O. V., I, 357.

(55) O. V., I, 274.

(56) Summa Theol., I-II q. 28 a. 2.

se contenta con ser unión sola. Desea más: fusión, compenetración, inhabitación mutua, estar uno en otro; en una palabra, inhesión, que se realiza por medio del conocimiento y del afecto. Lo mismo en el amor egoísta que en el desinteresado el objeto amado está intencionalmente en la facultad congoscitiva del amante. Lo lleva en el alma. En el amor desinteresado también está el amante en el amado por obra del entendimiento, pues, como enseña Santo Tomás, «el amante no se contenta con una idea superficial del amigo, sino que busca examinar cada una de las cosas que pertenecen al amigo y así penetra en su intimidad» (56).

Así pues, por el conocimiento el amado se alberga dentro del amante y éste tiende a lo profundo de aquél atento sólo a conocerle mejor para amarle más. De aquí resulta un nuevo motivo para que entre amigos no haya secretos.

Por el afecto el amado está en el querer del amante. Tanto importa que el amor sea interesado o no lo sea. Si algo cambia en uno y otro caso no es el hecho, sino el grado y pureza de la inhesión. Para que haya reciprocidad en la inhesión, el amor no puede ir movido por el interés. De otro modo el amante no estaría afectivamente en el amado.

Haciendo labor de análisis es fácil distinguir en López de Zárate la doble inhesión realizada por el conocimiento y el afecto. Hay ocasiones en que aparece una en primer plano, quedando la otra en penumbra. Otras veces las dos están fundidas en sus versos. Aún siendo cierto que el poeta logroñés suele fijarse más en la presencia íntima de la amada en el amante, logra darnos también en una misma estrofa e incluso en un solo verso la inhesión mutua de la amada en el amante y de éste en aquella. Veámoslo.

«De varias ceremonias no advertido
estábame con vos, *porque os poseo*
en el alma, sagrario bien debido» (57).

El título del soneto al que pertenece este terceto aclara alguna expresión de los versos citados. El título es: «Disculpa de no haber mirado en la iglesia a una dama su amante». No la miraba, aunque tampoco atendiera a los ritos religiosos, y sin embargo la veía en sí mismo más cerca que con la vista corporal —«como os adoro, más de cerca os veo» (59)—, porque con la «vista del amor» la miraba presente en su alma. La veía en él, pues el amor en forma de deseo y

(57) O. V., I, 299.

(59) O. V., I, 299.

adoración tenía convertida su alma en morada de la amada.

Con nuevo vigor anuncian la presencia de la amada en el amante estos versos:

*«Ni parte sin llevarme,
ni vuelve sin traerme;
cuando volviera solo
todo lo llena como al mundo Apolo.
Dormida estoy soñando en él; despierta,
velo en él, en sus gracias, en su agrado»* (60).

Añadiendo nuevos matices, explica la mutua inhabitación del amante y de la amada en un soneto de título similar al mencionado en penúltimo lugar —«Excusándose un amante de no haber mirado a su dama»—. La excusa es válida y supone amor profundo. ¿Para qué la visión corporal cuando el amante, «transformado» en la amada, queda incapacitado para cualquier otra cosa que no sea mirarla dentro de sí mismo?

*«Queda tan en su objeto transformado,
tan blasón del asunto que conquista,
que no le deja la atención que asista
a otra acción, a otro bien, a otro cuidado.*

.....
*Siempre yo os miro en mí, donde os adoro,
y no ocupando toda el alma en veros,
tuviera parte de ella reservada»* (61).

Repárese cómo en el verso subrayado se apunta la inhesión de la amada en el amante por el conocimiento y el afecto.

Hay un verso de López de Zárate que resume felizmente el contenido de los precedentes. En él nos dejó bien formulada la mutua inhesión de los que se aman.

*«En la desdicha venturoso he sido,
pues te doy templo, dándome tú puerto»* (62).

Templo y puerto: la amada en el amante y éste en ella.

Como la inhesión es efecto del amor, le convienen algunas propiedades del amor. El amor que es sincero reclama perennidad. También la inhesión por exigencia de la sinceridad y vehemencia amorosas va más allá de la muerte. Un ejemplo. Lloro Anfriso a su Filis muerta. Filis se ha perdido para la naturaleza que se alegraba

(60) O. V., I, 243.

(61) O. V., I, 303.

(62) O. V., I, 397.

con ella. La naturaleza está triste.

«Ya, ya no cantará, Filis ausente,
ni el rui señor, ni en dulce compañía
Venus verá del Ebro la corriente.
Mayo no volverá como solía,
pues mi pastora, mi pastora hermosa,
por ser del cielo deja de ser mía» (64).

Anfriso llora con la naturaleza. Está triste con ella y más que ella. La ha perdido, pero la retiene consigo. No la ha perdido del todo como la naturaleza. Arrebatada por el cielo, sigue siendo suya, la lleva en sí, vive en él, en su intimidad.

«Si en vano rosa, campo, fuente fría
se alegraren sin Fili, *más en vano*
por ser del cielo deja de ser mía.
Que no será bastante el nunca humano
Hado (bien que a quitármela bastante)
ni de la Parca la forzosa mano
a apartarme de Filis un instante,
que vive en mí con más cercana vista
que la que goza todo vivo amante» (65).

3. VIVIR FUERA DE SÍ

Este nuevo efecto del amor añade al anterior nuevos grados de intensidad. Por la inhesión, el objeto amado está en el amante. Por este otro, tan metido está el amante en la interioridad de la persona amada que vive fuera de sí, perdido el sentido, todo enajenado.

«Orgullosa arroyuelo, a quien ha dado
para tocar a Fili atrevimiento
tener cerca del cielo nacimiento
o envidia que su pie florece el prado.

.....
Dime lo que sentiste sin sentido,
que a tenerle bien sé que le perdieras» (66).

El poeta, que en todas las cosas ve símbolos del amor y en todas halla recursos para exteriorizar sus íntimos sentimientos, expresa en felicísima figura los que en su alma nacen cuando la invade el amor. El amor guarda proporción con la excelencia de su objeto.

(64) O. V., I, 23

(65) O. V., I, 23-24.

(66) O. V., I, 188.

Si éste es muy elevado, no se llega a él sin un cierto atrevimiento. Al orgulloso arroyuelo se lo dió su alto nacimiento o la envidia del prado florecido con la caricia de una hermosura humana que dejó en él sus huellas. El poeta sin decirlo está diciendo que también en él hay motivos para acercarse a la que ama. Tal vez lo sean, como dice en otros versos del mismo soneto a que pertenecen los que ahora comento, el honesto desdén al loco intento suyo de amar tan esclarecida hermosura o el no declarado deseo que tiene Filis de ser amada.

El amante, logrados sus deseos, siente tal contento que, sintiéndolo, pierde el sentido, como le hubiera ocurrido al arroyuelo si hubiera sentido la presencia de la dama.

La pérdida del sentido, sinónimo aquí de suspensión de toda la actividad afectiva con relación a cualquier objeto que no sea el objeto amado, es índice de amor vehemente e impetuoso. Y es índice porque es efecto natural suyo. El amor vehemente pone al amante fuera de sí. Le enajena. Es el éxtasis o arrobamiento, dos nombres que marcan dos grados distintos de ese salirse de sí mismo. El éxtasis es suave; el arrobamiento, violento. El éxtasis es duradero; el arrobamiento pasa pronto. La mayor brevedad y la vehemencia más fuerte se contrapesan. Por el uno y por el otro se llega a la enajenación, a convertirse de algún modo en el ser amado.

En el amor intenso se realiza de dos maneras la salida de sí mismo. Hay una salida previa, necesaria en todo amor, aun en el más remiso. Es la del conocimiento, sin el cual no hay amor. La segunda, la más propia y que no tiene lugar en cualquier grado de amor, sino cuando éste alcanza sus cumbres más altas, es la de la voluntad, que en renuncia de sí misma, quiere fundirse y transformarse en lo que ama. Y ama tanto que, si fuera posible, renunciaría a amarse para amar con más sinceridad. Es lo que dice el poeta:

«Como el enamorado
que casi se desama
para amar más de veras a quien ama» (67).

Y ocurre así porque el amante

*«queda tan en su objeto transformado,
tan blasón del asunto que conquista,
que no le deja la atención que asista,
a otra acción, a otro bien, a otro cuidado»* (68).

(67) O. V., I, 204.

(68) O. V., I, 303.

Ha sido arrancado de sí mismo por el objeto de su amor y sólo vive y obra para él.

«Llamaba el gusto a los ojos
y el corazón en el pecho
el más venturoso amante
que ha dado alcance a sus deseos.
*Ya no tuyas las acciones,
apenas el pensamiento,
que así como los sentidos
era lo demás ajeno*» (69).

«Como a tal con toda el alma
antes sin ella la sirvo
que *desde que la miré
dejé todo de ser mío*» (70).

El amor, a fuerza de intensidad, paraliza las acciones que no son formalmente amor. Algo hemos visto en versos anteriores. He aquí nuevos testimonios.

Cesan las palabras, ya innecesarias e imposibles,
«que en los éxtasis de amor
es elocuente el silencio» (71).

No hay memoria si no es para lo que se ama.
«Vivo desmemoriado de acordarme
de tus glorias...» (72).

Se ha paralizado toda actividad porque es tan intenso el amor que el amante, convertido en amor todo él, y olvidado de sí mismo en total rendimiento, ya no es él, ya no está en sí, ya no vive para sí.

4. CELO Y CELOS

«Si sabéis poco de amores, corazón,
ahora veréis quién son.
*Son un celoso vivir
que, escogiendo lo mortal,
llevan con agrado el mal
y hacen gloria del morir*» (73).

El verso tercero señala una de las cualidades más comunes del amor. El amor que se ha adueñado del alma enseñorea también la

(69) O. V., I, 381.

(70) La Galeota Reforzada, p. 98.

(71) O. V., I, 383.

(72) O. V., I, 307.

(73) O. V., I, 392.

vida. Por otra parte, cuando es intenso, se vuelca de tal forma sobre su objeto que está inquieto y siempre alerta para que nada se interponga entre los que se aman. Difícilmente se hallará expresión más feliz que la de «celoso vivir» para reflejar los solícitos cuidados con que el amante defiende su amor. Quien bien ama vive celosamente. Tiene celo e incluso celos, aunque no sea lo mismo una cosa que otra. El celo es una manifestación normal del amor. Los celos, en cambio, son caricatura del celo. Como toda caricatura, exageran los rasgos fundamentales del celo. Los celos no son más que celo desorbitado. La diligencia ordenada con que el amigo vela por su amor se ha trocado con los celos en inquieta y suspicaz preocupación. El que siente celos ve pruebas donde sólo hay indicios; presiente peligros aún donde hay seguridad. Ve más de lo que hay. Está en tensión constante, en alborotada ebullición, en fervor y ardor desmesurados. Todos estos adjetivos que entrañan una anomalía son el sello propio de los celos. Por lo que ellos denotan se diferencian del celo que etimológicamente significa ebullición, fervor y ardor sujetos a medidas racionales.

Fervor, ardor y ebullición son signos de amor intenso. Tal intensidad es común a los efectos del amor anteriormente indicados—unión, inhesión y enajenamiento—. En cada uno de ellos la intensidad se orienta por caminos diversos. En los tres precedentes buscaba la unión en diversas formas. Aquí, en el celo, la intensidad del amor se ordena a defender y servir al bien amado. No otra cosa es lo que el «celoso vivir» pretende.

La disposición de servicio viene indicada en los versos:

«Llevan con agrado el mal
y hacen gloria del morir».

Es así, porque el amigo sincero y vehemente, sólo atento al bien de su amigo, halla gusto en el dolor cuando ha sido originado por aquél a quien ama.

A primera vista el celo parece ocultar egoísmo. Los celos, más. Pero no es cierto que el celo envuelva necesariamente egoísmo. El amigo desinteresado se preocupa por el bien de la persona amada. Vela por ella y por sus intereses como si se tratara de él mismo, pues forman como una sola persona. Es su «otro yo».

Del cuidado vigilante de la vida y de los bienes del amado—en este ejemplo amada en figura de pastora— dan testimonio estos versos:

«¡Cuántas veces estando tú dormida,
pastora, fui pastor de tu ganado

y pastor en tu sueño de tu vida!
¡Cuántas de lecho me sirvió el cayado
y cuántas de bebida el triste llanto
y cuántas de sustento mi cuidado!

.....
¿Valióle al lobo su naturaleza?
¿No respetó en mi esfuerzo tu hermosura?
¿Faltó de tu rebaño una cabeza?
¿Atrevióse Silvano por ventura
ni Sátiro soberbio y arrogante
a poner pie ni mano en tu verdura?» (74)

El celo pide integridad en el amor recíproco, pues
«amor casto y perfecto no consiente
ni hay cosa, caro Anfriso, que más huya
que otro amor, otra parte o pretendiente» (75).

Por lo mismo que el amor humano intenso es exclusivista, impone al que lo tiene la obligación de amar y entregarse sin reserva. Así dice el enamorado:

«Y no ocupando toda el alma en veros
tuviera parte de ella reservada» (76).

Cuando a la reciprocidad en el amor acechan peligros reales o aparentes el celo suele transformarse en celos. Nacen las sospechas, se acrecientan los cuidados y surgen las quejas. La vida del que ama es ahora «un celoso vivir» inquieto, punzante y suspicaz. El poeta logroñés da expresión al tormento de los celos en estas estrofas:

«¡Ay del que llega a sentir
lo que ha de pensar por fuerza,
celos de un amor forzoso
que obliga a correspondencia!
¡Ay de mí, que puse el alma
con adoración secreta
en deidad que no responde
al culto ni a las ofrendas» (77).

Los celos se avivan con la ausencia de la persona amada.

«Lloraba ausencias la niña,
y amor, que es tirano rey,

(74) O. V., I, 15.

(75) O. V., I, 28.

(76) O. V., I, 303.

(77) O. V., I, 337.

mandó, porque las lloraba,
que llore celos también.

Penan los ojos amantes
ausentes lo que no ven,
que es forzoso en quien discurre
penar lo que es de temer» (78).

La razón, rubricada por la experiencia, la da el poeta, diciendo:

«Ciego y tosco es el amante
que pasa por la certeza
de una posesión segura
y fantasmas le desvelan» (79).

Los celos, en fin, y también el celo, causan desasosiego. López de Zárate confirma el hecho.

«Todos hallan reposo,
salvo los que al amor están rendidos
que sienten las ausencias por olvidos» (80).
Ya sabemos por qué.

5. HERIDA

*«Tú, que probaste la incurable herida
de amor, así te afliges y lamentas:
¿con ella puede ser otra sentida?»* (81).

¿Hierde el amor? Parece un contrasentido. Si hierde, daña; y si daña, se vuelve contra la virtud que tiene de perfeccionar y mejorar al que ama. Es bien sabido que el amor, armonía entre la facultad apetitiva y el bien apetecido, ennoblece al hombre en su dimensión más humana. Si lo amado es de categoría superior a la del hombre, éste, amando, se eleva sobre sí mismo. Se sobrehumaniza sin dejar de ser hombre. Amando a Dios se transforma de alguna manera en Dios. Sólo cuando ama un bien falso o constituye en fin de sí mismo una cosa inferior a él, se rebaja.

Si el amor causa daño a quien lo siente, acontece ésto porque el amor es imperfecto o va por falsos caminos; es decir, cuando se aman bienes aparentes con más carga de mal que de bien, o males reales que engañosamente se presentaron como bienes.

El amor noble no daña. Su oficio es ennoblecer y perfeccionar.

(78) O. V., I, 389.

(79) O. V., I, 377.

(80) O. V., I, 281.

(81) O. V., I, 27.

A pesar de todo, cuando se dice que abre heridas en el corazón, la metáfora corresponde a algo muy real. Si en cuanto es amor perfecta, por ser una pasión tiene repercusiones, como cualquier otra pasión, en la parte somática del hombre; y si es vehemente, puede alterar en tal grado el organismo que provoque en él dolorosos trastornos. Aunque no llegue a tanto, la común experiencia del amor sale fiadora de estos versos de López de Zárate:

«Te confieso
que hablé de un Conde de Niebla,
a quien llamaba su dueño,
de suerte que mis entrañas
sus alabanzas sintieron
y algunas veces tembló
el corazón en su centro» (82).

La alteración del corazón, órgano manifestativo del amor, está en proporción directa con la intensidad del amor.

El impacto amoroso en el corazón ha sido siempre comparado al de la flecha en cuerpo sensitivo. Flechas y heridas son metáforas habituales en el lenguaje del amor. López de Zárate está inmerso en la universal costumbre. «Tú, que probaste la incurable herida de amor», le hemos oído decir. Y también,

«Vivo violento en mí, de amor herido» (83).

La metáfora del amor, que hiere como una flecha, es exacta y muy expresiva. El bien amado penetra en el alma como la flecha en su blanco; penetra hiriendo. La Mitología inmortalizó la imagen de Cupido, el niño de los ojos vendados armado de arco y flechas. López de Zárate recurre incesantemente a la imagen mitológica. Todo lo que engendra o acrecienta el amor —bondad, hermosura, desdenes, desengaños— son en su lenguaje flechas.

Véanse algunos ejemplos entre muchos que omito.

«Tus brazos, Amarili hermosa, fueron
depósito de heridas de Cupido,
que como de copiosa lluvia herido
al pie desde la frente me cubrieron.
De los efectos que en la vista hicieron
fue el corazón en vano defendido.
En lo que ví, de nadie merecido,

(82) La Galeota Reforzada, pp. 117-118.

(83) O. V., I, 184.

por bien muerto los ojos me tuvieron» (84).

En el romance III, ojos, cabellos y manos son aljabas de Cupido.

*«De los ojos de Jacinta
nuevas flechas hace amor*

.....
*El menor cabello es flecha,
toda victoria favor,
porque en virtud de armas tuyas
la más fuerte herida es don.*

Ni hiere ya por sus manos
que las de Jacinta son
en quien libra más hazañas
que vibra rayos el sol» (85).

Los mismos desengaños amorosos vulneran, también ellos, pues
«nuevas flechas de amor los desengaños» (86).

Todos los versos transcritos son a la vez argumento de que el bien en sus diversas formas es causa de amor —en este sentido pertenecen al capítulo dedicado a las causas del amor— y confirmación de que el amor hiere al alma. Son las heridas del amor que por ser heridas duelen y por serlo de amor dan vida.

*«De soñar que me amases he vivido,
mas, cancerada en tu rigor la herida,
ya sé lo que es la muerte con tu olvido» (87).*

¿Para qué tanto anhelar
contra el blanco de mi pecho?
*Si a tus flechas estoy hecho,
el herir será curar» (88).*

6. ARDOR

Las heridas de amor prenden en el alma fuegos amorosos, pues las flechas disparadas por la bondad o la hermosura son, como lo del sol, rayos de fuego. Con los del sol compara el poeta los destellos de una hermosa cabellera que a una dama cortó su marido celoso y despiadado.

(84) O. V., I, 300.

(85) O. V., I, 326-327.

(86) O. V., I, 309.

(87) O. V., I, 304.

(88) O. V., I, 387.

«Hermosa luz, corona de la frente,
donde se laureara, se excediera
el sol, si el sol tan superior se viera,
siendo, aunque menos vista, más ardiente.

.....
Quien se atrevió a tus rayos ¿qué sintiera?
Y ¿quién, si no su error, tu ardor no sienta?

.....
El que cortó la luz, no apagó el fuego;
él sentirá la pérdida del día,
yo me gozo de estar más abrasado» (89).

Fervor, ardor, incendio son, continuando la habitual metáfora, efectos producidos por las encendidas flechas del amor en lo hondo del alma. Por los ojos entran en ella, hiriéndola e inflamándola.

López de Zárate, por boca de un amante, envidia al ciego, libre de los sufrimientos que acompañan a los incendios amorosos, de cuya exención son autores los ojos cerrados a la hermosura:

«Ciego, a quien faltan ojos y no llanto,
envidio en tus tinieblas tu sosiego;
estímote feliz, viéndote ciego,
y de tus ciegas lágrimas me espanto.
¡Oh, si valiesen, si pudiesen tanto
estos incendios en que ya me anego!
pues nacen llamas, si cenizas riego,
porque fuego al mirar y llorar planto» (90).

De nuevo lamentándose el poeta empareja al amor con la ardiente eficacia del sol:

«Hiriendo el sol las encumbradas sierras
que al Nilo se derraman en tributo,
vuelven a ser fructíferas las tierras.
En mi causa mi sol el mismo efeto,
mas, ¡ay!, que son lágrimas sin fruto,
pues con ser agua queman en secreto» (91).

La fuerza ardorosa del amor es tan intensa que puede incendiar pechos de bronce, desarmándolos antes de obstinadas resistencias:

«Pues si ingrato o rebelde a la memoria
de amor, aunque más de bronce,

(89) O. V., I, 301.

(90) O. V., I, 186.

(91) O. V., I, 183.

aunque más fuerte,
arrojó de las manos el escudo,
rindió la obstinación y vanagloria,
y con el pecho de rigor desnudo,
aquel bronce o diamante
entregóse a la llama» (92).

7.—TERNURA

Los efectos del amor se desarrollan en cadena. El bien conocido fulmina rayos de amor que inflamando el corazón le ablanda y vuelve tierno para que el objeto amado halle fácil penetración en él y en él grabe su imagen como el sello en la cera. «Es propio del amor —enseña Santo Tomás— que la facultad apetitiva se haga adecuada para recibir al que ama, por cuanto el amado está en el amante. De aquí que la congelación o dureza de corazón sea disposición incompatible con el amor. La licuefacción, en cambio, implica un cierto ablandamiento del corazón que le torna más hábil para que en él entre el objeto amado» (93).

En la última cita que he hecho de López de Zárate se describe con fuerza expresiva la virtud que el amor tiene para ablandar el corazón. Frialdad y dureza, enemigos del amor, se convierten en sus contrarios cuando el corazón es herido por las flechas ígneas de Cupido. Lo dice también Fátima, enamorada con la contemplación de un retrato de don Manuel Alonso Pérez de Guzmán, héroe de *La Galeota Reforzada*:

«Pero, como muy tratada,
la nieve caliente, muevo ya
casi mortal la lengua
para pedirte remedio.
Presumida, vana, loca,
quise formar nuevo imperio
de libertad. Viste en mí
el helado Pirineo,
la roca de la firmeza,
el diamante siempre entero;
pues, *en piezas el diamante,*
la roca está por el suelo
y las nieves del Pirene

(92) O. V., I, 200.

(93) Summa Theol., I, II, q. 28, a. 5.

ya, ya se sirven de incendio,
y tan grande que es mayor
el segundo que el primero» (94).

El vigor de la metáfora y el fuerte contraste entre los elementos que la componen —nieve que calienta, diamante pulverizado— subrayan con más energía que ningún argumento filosófico este efecto propio del amor intenso: el ablandamiento del corazón.

8.—LANGUIDEZ, MELANCOLIA, ENFERMEDAD

En la mencionada obra teatral de López de Zárate, Fátima, haciendo confesión del amor que siente por el noble caudillo español, exclama:

«Muero de amores, amiga
y mi propia muerte tengo
por dulce...» (95).

En estos versos culmina el proceso amoroso de la mora descrito con mano maestra por el vate logroñés. Un diálogo entre Fátima, la amante, y su prima Doralice, amiga y fiel confidente, es espléndido testimonio de un efecto del amor que está en línea con la herida, el ardor y la ternura y que es llamado por filósofos y poetas languidez y melancolía y por Cicerón enfermedad, palabras todas que designan la vehemencia de un amor que, revestido de tristeza, desfallece por la ausencia del bien amado o por la imposibilidad de llegarse a él.

La languidez, mezcla de melancolía y desmayo, se refleja en la palidez del semblante, en la pérdida de las fuerzas, en el desinterés por el propio ornato y en el hastío por todo lo que no es el objeto amado. Dice Doralice a Fátima subyugada por el amor:

«Fátima, ya de amar das esperanza
con tu melancolía...» (96).

Y en un soliloquio torna Doralice al tema de la languidez espiritual y corporal de su prima:

«O es amor o mi deseo
figura lo que agrada;
amor es; *de enamorada*
son las señales que veo.
Parece que la cabeza

(94) La Galeota Reforzada, p. 116.

(95) La Galeota Reforzada, p. 119.

(96) Ibid., p. 87

*no se sustenta en el cuello,
tan débil como el cabello
que todo es amor flaqueza.*

*Vase ausentando la rosa
de sus purpúreas mejillas,
tiembla toda en las rodillas;
es otra, mas siempre hermosa.*

*Su rostro, aunque con recato,
de lágrimas se humedece» (97).*

Y después, dialogando con Fátima, completa la descripción de su melancolía:

*«¿Ya tan olvidada
de tu prima Doralice?
Tan amante pareces como amada;
perdóname, tu vida nos lo dice.
¿Qué es ésto? Mal vestida, mal tocada,
ignorante de leyes el cabello,
(bien que, cual Iris, hace al aire bello),
sin perlas la garganta, las guedejas
no sólo sin diamantes, sin zarcillos,
al olvido te dejas
las manos sin anillos
y que parecen ya de ajenos brazos,
pues, aunque en nieve y en belleza vivas,
casi muertas están de dejativas.
Tan sin tí, prima, que de tí te alejas,
dudosa en pasos, en semblante triste» (98).*

La languidez, dolorosa y sabrosa enfermedad, agridulce tormento, se da la mano con internas violencias de que dan crédito estas «quejas de un amante» en el soneto del mismo título:

*«Vivo violento en mí, de amor herido,
y no he de ser menor que tú me hiciste
procurando salud por otro medio;
amante he de vivir, aunque en olvido,
o tú me has de sanar pues tú me heriste,
o mátenme las ansias del remedio» (99).*

El «vivir violento» a que da ocasión el amor vehemente es lo

(97) Ibid., p. 114.

(98) La Galeota Reforzada, pp. 114-115.

(99) O. V., I, 184.

que Cicerón llamó enfermedad. En los versos anteriores el poeta logroñés está de acuerdo con el escritor latino. Pero el poeta va más lejos. No le bastan las palabras enfermedad y herida. Habla también de muerte. La filosofía justifica la hiperbólica metáfora. Si los amigos tienen un mismo sentir y una misma vida y todo es común en la amistad, cuando uno niega o finge negar su amor, el otro, que sigue amando, con justa razón puede decir que le ha quitado la vida, pues ha fraccionado la que les era común. Se comprende ahora la queja del poeta:

«¡Ay del que está con ojos y sin vida!» (100).

López de Zárate dio muchas veces expresión a las quejas amorosas. Como ejemplo que vale por muchos, copio el soneto titulado «Desfavorecido de Fili»:

«Morir es despeñar de un accidente
mortal, en él del todo enajenado,
cuando se corresponde a su cuidado
con alma tibia y cortesana frente.

Si no se da sustento al fuego ardiente
aunque más encendido se halla helado,
así al afecto amante no alentado
sólo queda de vivo lo que siente.

*No puedo ya no amarte, mas la vida
es forzoso faltarme, desvalido;*
y quien puede y no asiste es homicida

De soñar que me amases he vivido,
mas, cancerada en tu rigor la herida,
ya sé lo que es la muerte con tu olvido» (101).

(Continuará)

(100) O. V., I, 186.

(101) O. V., I, 304.

